

¿Hacia dónde nos lleva la inteligencia artificial?

Una mirada personal en educación y tecnología

Por **Jorge Rey Valzacchi**
jorge@aprendevirtual.org

Llevo más de cuarenta años trabajando en el cruce entre educación y tecnología. Empecé allá por 1982, con una Texas TI99-4A, y nadie sabía muy bien qué hacer con ella en una escuela. En aquellos días, había quienes creían que las máquinas iban a cambiar para siempre la forma de enseñar, y otros que temían que los docentes fueran reemplazados. Ninguna de las dos cosas ocurrió... al menos no como se esperaba.

Con el tiempo fuimos aprendiendo —a veces a tropezones— que la tecnología no entra sola en las aulas, sino que siempre viene acompañada de ideas, intereses, modelos de sociedad. Por eso, cada vez que surge una nueva herramienta, no basta con preguntarnos cómo usarla, sino también para qué, para quién y a costa de qué. Y hoy, con la irrupción de la inteligencia artificial, esa pregunta vuelve con más fuerza que nunca.

He visto nacer plataformas virtuales, he formado a docentes en uso de herramientas digitales, he diseñado materiales, he escrito guías, he dado conferencias, he soñado con escuelas más conectadas, más abiertas, más democráticas. Pero también he visto frustraciones, promesas incumplidas, dependencias tecnológicas que no resolvieron nada pedagógico. Por eso, cuando hablo de IA, no lo hago como alguien que se asusta o que se entusiasma fácilmente. Lo hago como quien ha caminado mucho y ahora mira hacia adelante con cierta prudencia, pero también con curiosidad.

La inteligencia artificial no es solo otra herramienta más. Es algo distinto. Esta vez, la máquina no solo procesa datos o muestra información, sino que “parece pensar”, responder, explicar, incluso crear. Y esto toca directamente el corazón mismo de lo que hacemos como educadores: enseñar, guiar, ayudar a aprender, a interpretar, a dudar. ¿Qué lugar queda para nosotros si una máquina puede ofrecer respuestas claras, explicaciones coherentes, ejemplos precisos?

Creo que hay que dejar de lado la falsa discusión de si la IA es buena o mala. Eso ya no nos ayuda. Lo importante es entender que su presencia está cambiando profundamente nuestra relación con el conocimiento. Ya no somos los únicos portadores de información, ni tampoco los principales facilitadores del acceso al saber. Ahora hay sistemas que pueden hacerlo mejor, más rápido, quizás incluso de manera más adaptativa. Pero eso no significa que nuestro rol haya desaparecido. Al contrario, se redefine.

Enseñar ya no es solo transmitir contenidos, sino ayudar a navegar entre tanta información. No es solo dar respuestas, sino fomentar preguntas. No es solo corregir errores, sino invitar a equivocarse con sentido. Y sobre todo, es seguir siendo humanos en un entorno que cada vez parece valorar más la eficiencia que la empatía, la velocidad que la profundidad, la automatización que la reflexión.



Una de las dimensiones que más me preocupa perder es la dimensión afectiva de la educación. Porque enseñar no es solo explicar un tema o corregir una tarea. Es escuchar, contener, motivar, provocar, acompañar. Es reconocer emociones, es generar vínculos, es estar presente. La IA puede simular escucha, puede usar palabras empáticas, puede ofrecer respuestas personalizadas... pero no puede sustituir el abrazo después de un fracaso, la complicidad de una mirada compartida, el impulso que da un profesor que cree en vos, aunque vos mismo no lo hagás.

También hay que tener cuidado con la tentación de automatizar el pensamiento. Cuando todo llega rápido, claro y bien formulado, ¿seguimos ejercitando la duda? ¿Seguimos permitiéndonos el error, la confusión, el ensayo y equivocación? Pensar no es solo encontrar respuestas, es sostener preguntas incómodas, es resistir la tentación de cerrar demasiado pronto. Y eso, ninguna máquina puede hacerlo por nosotros. Ni debe.

Detrás de cada sistema de IA hay un diseño, un conjunto de datos, una lógica programada. No son neutros. Tienen sesgos, tienen intereses, tienen ideología. Y si no somos cuidadosos, podemos terminar formando estudiantes que acepten como verdades absolutas lo que en realidad son construcciones parciales. Nuestra tarea no es rechazar la tecnología, sino ayudar a mirarla con distancia crítica, a comprender cómo opera, qué promueve y qué silencia.

Por eso, como educadores, tenemos que seguir siendo quienes invitan a pensar, incluso frente a máquinas que simulan hacerlo. Tenemos que seguir generando espacios donde valga la pena preguntar, dudar, explorar. Tenemos que defender la lentitud del pensamiento, la complejidad de la ética, la ambigüedad de la creatividad. Porque esos son territorios que aún no están bajo control de ningún algoritmo.

Vivimos tiempos inciertos, acelerados, llenos de promesas y amenazas mezcladas. Pero también estamos ante una oportunidad: la de repensar lo que hacemos, por qué lo hacemos y cómo queremos seguir haciéndolo. Como docentes, como formadores, como personas que apostamos a la educación como camino de libertad.

Yo no tengo todas las respuestas. Ni pretendo tenerlas. Pero sí tengo ganas de seguir preguntando, de seguir pensando, de seguir dialogando con mis colegas, con mis alumnos (que son docentes), con quienes también caminan este camino. Porque si no lo hacemos entre todos, otros decidirán por nosotros. Y no estoy seguro de que nos guste lo que decidan.

Y cuando pienso en ese futuro que se acerca tan rápido, muchas veces miro a mis nietos pequeños. Ellos juegan, dibujan, preguntan, se caen, se levantan, ríen sin motivo y lloran sin entender por qué. Son pura vida. Me pregunto cómo será el mundo en el que van a crecer, qué lugar tendrá la tecnología en sus vidas, cómo será su escuela, quiénes serán sus maestros. Y me digo: si la inteligencia artificial va a estar ahí, que esté al servicio de ellos, no al revés. Que les ayude a descubrir, a imaginar, a sentir, a equivocarse y volver a intentar. Que no les quite la posibilidad de aprender despacio, de equivocarse con alegría, de construir sentido con sus propias manos. Que no sea una herramienta de control, sino de libertad. Que no los forme a imagen de una máquina, sino que los ayude a ser más humanos que nunca.

Así que lo único que propongo es esto: sigamos pensando. Juntos. Con humildad, con paciencia, con coraje. Porque mientras pensemos, seguiremos siendo libres. Y eso, por ahora, solo lo podemos hacer nosotros: los humanos.

